

La calle para el jueves 20 de septiembre de 2007
Diario de un espectador
Veinte de septiembre
por miguel ángel granados chapa

A las 19.38 del viernes 20 de septiembre de 1985 volvió a temblar. En realidad, al sismo principal ocurrido en la mañana del día anterior, que alcanzó una magnitud de 8.1 en la escala de Richter y duró eternos cinco minutos, habían seguido el propio jueves y al día siguiente muchas replicas, como se llama a una suerte de ondas producidas por un terremoto fortísimo y que pueden también causar zozobra y daños. Pero el de la noche del veinte fue mucho más que una replica, pues llegó a 7.3 grados en la escala mencionada.

El sobreviviente del día anterior, que no había vacilado en mostrar su miedo —para su fortuna ante nadie, pues el pasillo del hotel Cibeles a donde se asomó desnudo y tembloroso estaba desierto—, tuvo en esta segunda ocasión que mostrarse como una persona ecuaníme y hasta valiente. Se encontraba conversando con dos mujeres de recia personalidad en la redacción de un periódico capitalino, un edificio que por años había albergado las oficinas capitalinas de la Fundidora de fierro y acero de Monterrey. No era cosa de echar a correr hacia la calle mientras sus interlocutoras mostraban serenidad, prenda necesaria en casos en que perder la calma puede multiplicar los efectos del desastre. Los tres conversadores, como si nada ocurriera, se dirigieron hacia la salida de la gran sala en uno de cuyos extremos se hallaban, instaron a sus compañeros a marcharse del lugar sin apresuramiento y descendieron los dos tramos de la escalera, hasta la calle de Balderas.

Como efecto del sismo, o por precaución ante el riesgo de incendios, se había suspendido de inmediato el fluido eléctrico. De modo que, tras esperar un rato, a ver si surtían efecto los llamados a los servicios de emergencia de Luz y fuerza —un periódico tiene preferencia en esos casos, porque se juzga que su actividad es de interés público— fue menester organizar el trabajo en la calle misma. Apenas comenzaba a generalizarse el empleo de procesadoras de palabras y no faltaban, por lo tanto, máquinas de escribir mecánicas, con las que se avanzó hasta cerca de la medianoche en que fue restablecida la energía eléctrica.

El 19 de septiembre la fiesta por el primer aniversario de ese periódico pasó a segundo plano. Sus editores se habían esmerado en un número especial que nadie leyó entonces, pues la tragedia había comenzado muy temprano. Como muchos en su misma circunstancia, nuestro sobreviviente no pudo ponerle los ojos encima al caer la noche del jueves, cuando ya era urgente el reposo tras una jornada intensísima. Ocurre que entre las noticias recibidas a lo largo del día, en la relativa a los edificios venidos por tierra, destruidos y con sus habitantes muertos, estaba el de la calle de Ahorro postal, donde él hubiera amanecido de no haber querido evitar la vergüenza del desahucio.

En cuanto pudo, viajó a la colonia Postal a verificar el dato. Correspondía a la verdad. El inmueble no había resistido la remezón y sus cuatro pisos se vinieron abajo. Nadie de quienes vivían allí el comienzo de un día normal pudo salvar la vida. Por lo tanto, la tarea de rescate que allí y en predios vecinos se estaba realizando se enfrentaba a la dolorosa certidumbre de que sólo era posible rescatar cadáveres. El sobreviviente se unió durante un rato a la brigada que removía escombros. Se arrepintió entonces de no haber establecido mayor comunicación con sus vecinos, a los que apenas conocía, pues ni siquiera coincidían en los horarios de salida y retorno.

Los había de todas las edades, desde niños pequeños hasta ancianos, como antes se llamaba a las personas de la tercera edad o adultos mayores. Una pareja, la que formaba la familia más adecuada a las convenciones, por ello mismo peleaba a gritos. Pero en eso se disolvía su agresividad.